

Las historias que se relatan en este libro fueron contadas a los autores por sus protagonistas.

Para proteger tanto la identidad, seguridad e intimidad de algunas de las personas involucradas en estos relatos, sus nombres han sido cambiados.

<http://www.librosaguilar.com/es/>
Empieza a leer... Las muñecas de los narcos

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
BRENDA <i>Durmiendo con el amigo</i>	23
VIOLETA <i>En los zapatos de una liebre</i>	139
NOELIA <i>Estos celos me hacen daño, me enloquecen</i>	203
PAMELA <i>Qué es lo que quiere la reina</i>	251
RENATA <i>Todo tiempo pasado fue peor</i>	313
FRIDA <i>La doctorcita del patrón</i>	399
EPÍLOGO	473

<http://www.librosaguilar.com/es/>
Empieza a leer... Las muñecas de los narcos

PRÓLOGO

A las mujeres que amable y voluntariamente se prestaron para relatar las historias que aparecen en este libro las bautizamos como las Muñecas. Ellas son parte de un grupo de mujeres colombianas que se distinguen de las demás por las circunstancias extraordinarias en que les tocó vivir, en un momento particular de la vida nacional. No son reinas de belleza ni presentadoras de televisión ni famosas modelos. Son, sencillamente, mujeres: hijas, hermanas, madres, esposas, amantes... El adjetivo con que las bautizamos quiere destacar la singularidad de sus historias —extraordinarias, casi inverosímiles—, no sus atributos ni sus virtudes. Este libro es un recuento de su vida al lado de peligrosos narcotraficantes, no un juicio de valor sobre sus actos y decisiones.

Las Muñecas son las esposas y mujeres de los narcotraficantes colombianos. Punto. Esposas, por un lado, porque contrajeron matrimonio con ellos. Mujeres, por el otro, porque sencillamente vivieron a su lado; compartieron no sólo su cama sino también su vida. De cualquier modo, con o sin un papel que certifique su unión, fueron siempre las compañeras

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

oficiales, las que mandaban en la casa, las patronas de todo un ejército de empleados que veía en ellas una extensión del poder del jefe; mujeres a las que se les debía respeto y sumisión.

Brenda, Violeta, Noelia, Pamela, Renata y Frida. Seis mujeres originarias del Valle del Cauca, no por casualidad sino por la sencilla razón de que en ese departamento colombiano es donde con más fuerza se arraigó en los últimos veinte años el fenómeno del narcotráfico, un cáncer social que empujó no sólo a cientos de hombres en busca del dinero fácil sino también a sus mujeres. Una de ellas lo dijo con toda naturalidad: «En Cartago, en esa época, el que no era narco, quería ser». Como si hubiesen brotado de las aguas del río Cauca o simplemente del pavimento de las calles y veredas de los pueblos del norte del Valle, los mafiosos se convirtieron en motor de la economía regional, vergüenza del orgullo nacional y en un pésimo ejemplo para las generaciones venideras. Menos mal que, como dijo otra de las Muñecas, «la situación ahora es distinta».

Las Muñecas no son «prepagos», eufemismo con que se designa hoy en día a las mujeres que pasan una noche o un fin de semana con un mafioso, un político o un empresario a cambio de algunos millones de pesos. Tampoco son prostitutas, aunque reciban dinero a manos llenas de sus maridos. Pero no lo hacen como contraprestación a nada, ni a un favor o un servicio. Esto no quiere decir que no sepan, sin embargo, el poder que pueden ejercer sobre los mafiosos ni la propensión de éstos a dar dinero a manos llenas a mujeres bonitas. Pero nunca es una transacción. Es, si acaso, un juego de poder y, ocasionalmente, de supervivencia.

La vida de las Muñecas no es un idílico cuento de hadas en el cual todo se consigue con levantar un dedo, ni tienen un

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

pelotón de sirvientes dispuesto a complacer sus caprichos. Los maridos tampoco son príncipes azules cabalgando en briosos caballos. Las Muñecas sí pasan por etapas de grandeza y ensueño al lado de sus amores, y disfrutan como ninguna otra lo que el dinero en abundancia puede comprar. Se dan lujos ajenos para el noventa y nueve por ciento de la población, como relojes Cartier, Rolex o TechnoMarine, carteras Gucci, Prada, Louis Vuitton, Hermès y hasta viajes en yate o avión privado por el Caribe colombiano, pero, más temprano que tarde, siempre caen, generalmente en picada, y la caída es tanto o más estrepitosa que la de su marido. Porque, tanto para los mafiosos como para sus mujeres, nunca hay un final feliz.

En su condición de Muñecas, estas mujeres no sólo disponen de los millones que ilícitamente ha conseguido su pareja, sino que también los acompañan en las buenas y en las malas, según reza la frase hecha. Y no se crea que en la vida al lado de un mafioso sólo disfrutan «las buenas». Los mafiosos pertenecen a una raza que siempre se ha jactado de ser promiscua, parrandera y de buena vida. Casi como si fuera parte de su ADN, los mafiosos no son peras en dulce que vuelven todos los días a la cama y se acuestan juiciosos a las diez de la noche. Si son sinceras, sus mujeres no pueden decir que su marido le fue fiel. Y ése es sólo uno de los muchos defectos, que tienen estos hombres que viven al margen de la ley, generalmente carecen de educación, y cuyos actos están movidos no por el conocimiento o la realización personal o profesional sino por la codicia y la ambición, aunque al principio sea la necesidad lo que los empujó al narcotráfico. Muchos de ellos golpeaban a sus mujeres. Las gritaban, las insultaban, las humillaban. Las abandonaban y las reemplazaban por otras. Ser una Muñeca no es tarea fácil. Sólo

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

su falta de visión, su inmadurez, puede explicar el hecho de que estas mujeres emprendan una vida que a la larga está más llena de sinsabores que de buenos momentos.

Además de compartir la cama con delincuentes, las Muñecas tienen muchas otras características en común. La primera y más evidente es su belleza. Todas estuvieron siempre, como dice su argot, encopetadas. Siempre arregladas al extremo, siempre entaconadas, siempre bien peinadas. Y si a eso se le suma todo un menú de cirugías estéticas —en primer lugar, la ineludible mamoplastia, o «ponerse tetas», como ellas le llaman— y una selección de ropa que resaltaba sus curvas conseguidas en el gimnasio o en el quirófano, estas mujeres eran el centro de las miradas de todos, estuvieran en donde estuvieran. Su presencia nunca pasaba desapercibida: a metros parecían mujeres de narco; a centímetros no quedaban dudas de que lo eran.

Otra similitud importante entre las Muñecas es la lealtad a sus compañeros. Los amaban y querían permanecer a su lado a toda costa. Los defendían a ultranza, y defendían también la estabilidad de su relación. Desde su punto de vista, sus compañeros se caracterizaban por su bondad y su calidad humana, a pesar de que hasta sus oídos llegaran los rumores sobre las macabras historias de sus actos delictivos y los cuentos acerca de los muertos que tenían en su cuenta. Esta imagen franciscana de los capos tenía todo que ver con la faceta que ellos mostraban a sus mujeres, quienes también enfrentaban lanza en ristre a sus hombres cuando las máscaras caían. Esta actitud demuestra una vez más que —a diferencia de lo que comúnmente se cree— las esposas de los narcotraficantes conocen muy poco acerca de sus negocios. Viven en una nebulosa que no les permite ver lo que ocurre tras bambalinas; varias de ellas, por ejemplo, jamás los

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

vieron manipulando ni medio gramo de cocaína, ni tramando con sus socios los detalles del próximo cargamento. Por esa misma razón incluimos menos perfiles e historias de mujeres más adultas, como Noelia, aunque fueron parte de nuestra investigación inicial. Éstas, por lo general, vivieron en burbujas, en donde no ocurría nada extraordinario que contar.

Un detalle más que hace únicas a las Muñecas, y que a la vez las diferencia del común de las esposas, es que al involucrarse con los mafiosos, al salir de la casa familiar para refugiarse en brazos de su nuevo amor, parecen construir a sus espaldas una invisible barrera que las separa de su familia. Es imposible volver a tener las conversaciones de antes en el transcurso de una comida con papá y mamá. Al convertirse en amas de otra casa, se retraen, se guardan los problemas para ellas mismas y no se abren ni con su madre; permiten que las dificultades que implica estar viviendo con un delincuente se afiance indisolublemente en su interior y no acceden a compartirlas ni con quien les dio la vida. Prefieren ventilar sus momentos difíciles con una amiga, generalmente alguien del mismo gremio, o incluso enterrarlos con un par de botellas de whisky. Es como si existiera una especie de código de honor, una cobija de dignidad y de vergüenza con la que cubren su vida para no destacar ni ventilar las imperfecciones que tenemos todos.

Otra concepción errada acerca de las mujeres de los narco-trafficantes es que comparten su vida con ellos sólo por el interés que les despierta el dinero. Éste no es el caso de todas las protagonistas de estas historias. Noelia, por ejemplo, se enamoró del que sería su esposo cuando él era un humilde escolta. A su lado lo vio crecer en la organización de su jefe hasta convertirse en su segundo hombre. La plata no tuvo absolutamente nada

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

que ver en su relación, pues inicialmente ni había; fue algo que llegó, pero jamás fue el motor inicial. Frida se hizo novia de un individuo cuando éste ya era un capo reconocido en el Valle del Cauca, pero no lo hizo por dinero ya que ni a ella ni a su familia les faltaba. Le gustó, le descubrió cualidades y se enamoró como si fuera cualquier otro hombre. Por más dinero que se tenga, por más acceso a joyas y a lujos, convivir con un hombre sin amarlo es una tortura, un ejercicio de viva flagelación. Pero estos casos también se ven. Como el de Pamela, quien no podía terminar con su pareja porque la amenazaba con matar a su familia entera. O el de Violeta, cuyo novio estaba tan obstinado con ella que no la dejaba en paz y la seguía considerando su mujer así la terminara cada dos días. Las Muñecas siempre amaron a sus hombres. A los que no, fue porque estuvieron a su lado por necesidad, en unos casos, y en otros, por la mala costumbre de sentirse protegidas y poderosas y por temerle a la pobreza: al infierno después de haber visitado el cielo.

Pero no sólo ellas tienen características en común; los narcotraficantes con los que se casan también comparten ciertas particularidades. La más notoria —y quizás a la vez la más repulsiva— se deriva del especial gusto y atracción que sienten hacia las mujeres menores de edad. Parece ser otra parte de su condición, una tendencia ni siquiera incrustada en lo más profundo de su personalidad sino afuera, superficial y a la vista de todos. No necesitan esconder a nadie cuánto les atraen las jóvenes de 15, 16 y 17 años. Cuanto más jóvenes, mejor. No tienen empacho alguno en cortejar a mujeres aún en desarrollo, casi niñas, a quienes seducen con mil promesas y regalos, y manipulan con relativa facilidad (generalmente les llevan quince, veinte y hasta treinta años). Los narcos merodean por los cole-

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

gios como aves de rapiña, y atraen a sus presas con lo que a ellas les gusta: emociones que estimulan la secreción de adrenalina, diversión y ropa de marca. Y después de gozar de sus firmes y virginales carnes, las desechan, las mandan para la casa con un par de millones de pesos y la instrucción de nunca volver. Así, sin embargo, nacieron varias de las historias de amor que aquí se relatan. Excepciones a la norma. Paradójicamente, estas mujeres miran hacia atrás para recordar cuando apenas eran unas adolescentes al lado de estos adultos y jamás reconocen haber sido víctimas ni de un manipulador, ni de un enfermo. Para ellas, los mafiosos no hicieron nada de malo, pues a los 16 o 17 años ya se consideraban adultas, fuertes y aguerridas, capaces de decidir por su propia cuenta, de distinguir el bien del mal y de saber que no estaban jugando con ellas, pues ellas eran las jugadoras.

Esta combinación de elementos —andar siempre al lado de su marido, caminar por la vida como si fuera una discoteca o una fiesta donde siempre se piensa en rumbeo y en pasarla bueno, y la temprana edad a la que las Muñecas se unen a los mafiosos— las lleva a tomar la decisión, no siempre conscientemente, de no seguir una carrera universitaria; esto tiene consecuencias negativas en su futuro. Mientras acompañan a su marido y pueden disponer de cuarenta o cincuenta mil dólares con sólo abrir un cajón de la mesita de noche, no hace falta pensar en su propia manutención ni mucho menos en la realización profesional. Es cuando están solas, cuando se separan, cuando deben ser ellas mismas quienes se deben forjar su presente y su futuro que caen en la cuenta del gran error que significa no haber puesto un pie en una universidad. Ya mayores y sin plata, les cuesta el doble de trabajo hacerse profesionales. Generalmente no lo hacen, y por eso terminan en Miami por

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

necesidad, por seguridad o por voluntad; allí tratan de sobrellevar una vida hostil para el inmigrante, y más para quien no habla inglés, condenadas a trabajar en oficios que jamás imaginaron en sus mejores épocas, cuando estaban en el tope de la pirámide de la supervivencia, y resignadas a hacer cualquier cosa con tal de conseguir para pagar el alquiler y comprar en el mercado. Afortunadamente, no es el caso de todas. Generalmente eso pasa cuando se es la ex mujer de un narco que está en la cárcel, muerto o fugitivo: el olvido. No hay separación de bienes ni mucho menos una renta mensual de manutención. A menos, claro, de que haya hijos de por medio. Eso marca toda la diferencia.

Y como en todas las historias de narcotráfico colombianas, no podía faltar el gringo, aquel personaje que llega del norte para involucrarse necesariamente en la vida de los narcotraficantes y, por carambola, en la de sus mujeres. Romedio Viola, de 56 años, agente del ICE (Departamento de Aduanas e Inmigración de Estados Unidos), parece ser el verdugo de la mayoría de capos que se mencionan en este libro. Un hombre que adora los gatos (de hecho, vive con cinco), adorna su cabeza usualmente con una gorra de beisbolista y ha perseguido narcotraficantes colombianos desde hace décadas. Desde que escuchó por primera vez sobre Pablo Escobar en 1988, ha montado numerosas investigaciones y casos que culminaron con la extradición de colombianos dedicados al negocio de la droga, y con la condena de éstos a penas superiores a los veinte años. Romedio inevitablemente termina conociendo a las Muñecas y hasta las ayuda, si es que en el camino no han cometido ningún delito pues, de lo contrario, las persigue con toda la fuerza de la maquinaria policial de su gobierno, como le ocurrió a una de ellas.

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

El narcotráfico es quizás una de las ocupaciones más nefastas, en la que la traición entre mafiosos es pan de todos los días. Con las Muñecas, sus esposas, no se puede decir que ocurre lo mismo, pero sí existe cierta similitud. Si bien algunos mafiosos, tras la disolución de su matrimonio, amenazan con matar a su ex compañera para que no vuelvan a ser de ningún otro hombre, otros, más sensatos, las tratan con desprecio e indiferencia, como si no contaran todos los años, los momentos buenos y malos que pasaron juntos. A pesar de que ellas hablan de su marido con respeto y admiración, al final se dan cuenta de que muchas de sus actitudes y posiciones fueron en vano. Ante una ofensa, una infidelidad o un error, los narcotraficantes les clavan el cuchillo por la espalda, hablan pésimo de ellas, les cortan todo el sostenimiento económico y las desechan como zapato viejo. Si las leyes que cobijan a los matrimonios y las separaciones del común de los mortales se aplicaran con las Muñecas, con seguridad su presente sería distinto.

No obstante lo anterior, que no tuvo otra intención más que anticipar brevemente el contenido de este libro y tratar de demostrar que estas mujeres son simples seres humanos, en este trabajo no se pretende hacer una apología a su actividad ni mucho menos a su conducta. Todo lo contrario. La mayoría de las Muñecas reconoce —aunque pocas se arrepienten— que sus historias están plagadas de equivocaciones. Es difícil que un ser humano quiera borrar sus experiencias de vida y pensar que no le sirvieron para nada, y estos casos no son la excepción. No se hace una exaltación del modo de vida fácil, sin esfuerzos y amañado de la delincuencia que ha carcomido vidas en Colombia. No. Se muestra una realidad del país imposible de ocultar. Un grupo, un conglomerado de mujeres que ya parece tener su pro-

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

pia categoría demográfica y que responde claramente a las leyes de la oferta y la demanda. Pamela lo dijo con claridad: «Hoy hay más Muñecas que Muñecos». Menos narcotraficantes por las calles del país, pero más mujeres, desempleadas o acomodadas, deseosas de compartir su suerte, en una actitud ahora sí poco fantástica y más profana e indigna.

Si algo busca este libro es hacerle un desesperado llamado a las jóvenes de toda Colombia, y en particular a las de Cali, Medellín, Pereira y los pueblos del Valle. Estas páginas pretenden ser una invitación a que tomen nota del ejemplo ajeno, a que no pierdan parte de su vida y su juventud al lado de delincuentes a cambio de un rato de diversión y unas monedas —aunque las sumas sean cuantiosas—, y se forjen un camino independiente y propio, apoyadas por sus familias; un camino que, si bien es más complejo en comparación con la facilidad que resulta estar al lado de un narcotraficante, también resulta mucho más satisfactorio y benéfico para el alma.

BRENDA

Durmiendo con el amigo

<http://www.librosaguilar.com/es/>
Empieza a leer... Las muñecas de los narcos

I.

El ambiente frente a la fachada de la cárcel de máxima de seguridad de Cómbita, donde se aglomeraban las mujeres que con religiosidad visitaban a los presos allí reclusos, no era el mismo. Los rostros familiares y la cotidianidad de siempre daban paso a las cámaras de televisión, a los periodistas y hasta a curiosos habitantes de la región. Todos intuían que algo estaba por pasar dentro del penal. Y también afuera. Allí podían ver y —si rogaban de más, creían— entrevistar a Brenda Navarrete, la menuda esposa de Hernando Gómez Bustamante, quien a los 50 años era uno de los miembros más destacados del peligroso Cartel del Norte del Valle, y se le conocía en el mundo de la delincuencia de Colombia con el apodo de Rasguño.

Brenda percibió este ambiente enrarecido. La mañana no era como otras. Lo único que permanecía igual era el frío, que para alguien proveniente de tierra caliente se siente con más intensidad cuando se está a 2.825 metros sobre el nivel del mar.

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

Ahora tenía que inventárselas para dejar a su hijo de 2 años y medio de nacido en el carro que siempre la transportaba de Bogotá a Cóbbita, municipio boyacense famoso por la cárcel que lleva su nombre. Tenía que esconderlo de las fisgonas cámaras de televisión que peleaban por registrarlo, y encargar su cuidado al inexperto chofer, con quien había llegado en las horas de la mañana. Vestía, como era su costumbre en los días de visita, una faldita que dejaba ver hasta más arriba de la rodilla, sandalias y un saco de lana. Se encaminó hacia la puerta y se abrió paso casi a la fuerza entre los reporteros, ávidos por sacarle aunque fuera una declaración.

—¿Qué opina de la extradición de su esposo?

Brenda no contestó. Mantuvo la frente en alto, tan arriba como Rasguño le había enseñado que se debe mantener siempre la dignidad. Se hizo la sorda ante la inclemente presión de los periodistas por una opinión, por una palabra, por lo que fuera que les sirviera como declaración de la esposa del gran capo del narcotráfico. Pero no conseguían nada. Brenda prefería no dar declaraciones, mucho menos hablar de algo tan doloroso como perder —ahora sí para siempre— a Hernando, como ella se refiere siempre a él.

Llegó hasta la puerta y de allí a un sector que la dirección del penal había dispuesto exclusivamente para ella. Se sometió a la incómoda requisa de las guardianas de la cárcel y se dirigió a un patio al que no tienen acceso los presos comunes. Allí reciben a sus visitantes los reclusos que, además de que podrían ser asesinados por la mano invisible de los delincuentes que aún deambulan por el territorio nacional, están en esa cárcel temporalmente, de pasada, anhelando el momento en que la firma del Presidente de la República autorice su extradición a Estados Uni-

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

dos contrariando así la sentencia de la vieja camada de narcotraficantes que, como Pablo Escobar, preferían una tumba en Colombia a una prisión en Estados Unidos. Allí se encontraba Rasguño. Esperando. Suplicando para que esa firma llegara pronto.

Brenda le dio el abrazo de siempre, un beso más atornillado que de costumbre y se sentó con él a compartir las noticias que ambos tenían, provistas por el abogado que habría de manejar su caso en Estados Unidos: la extradición era inminente. Rasguño, por su parte, no dejaba de sonreír. Estaba ansioso por salir de una vez por todas de Colombia, de terminar con la zozobra de pensar que podría terminar baleado, apuñalado o envenenado. Brenda, en cambio, no podía ocultar el miedo que le generaba la incertidumbre; sabía que en Nueva York no gozaría de los privilegios que el INPEC (Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario) le daba en Colombia por ser la esposa de un preso especial, y también sabía que, inexorablemente, su relación iba a cambiar. Ese día hablaron largamente. Recordaron la locura que había sido su vida juntos. Planearon una próxima visita, esta vez en compañía de su pequeño hijo, para que el papá pudiera darle un último beso y un abrazo de despedida.

Brenda salió, ahora sí, con la mirada dirigida hacia el piso. La gente seguía ahí. Los curiosos. Los periodistas. Las preguntas. Pero ella no tenía cabeza ni genio para nadie. Se montó al carro, abrazó a su hijo hasta casi ahogarlo contra su pecho y le ordenó al chofer que retomara la carretera de vuelta al aeropuerto El Dorado, en Bogotá. En el avión, rumbo a Medellín, donde vivía con su hijo, Brenda no paró de llorar. Estaba por cumplir 23 años, siete de los cuales los había pasado al lado de Rasguño. Y sabía que en su próximo cumpleaños no habría motivos para celebrar. No se equivocó.

ANDRÉS LÓPEZ Y JUAN CAMILO FERRAND

II.

«Yo desde que nací, nací para ser artista. Cantante, actriz, bailarina, lo que sea. Desde los 3 años estaba en una banda de guerra en Cartago. Tengo los trofeos».

Y se ríe. Brenda no para de sonreír, decir una que otra mala palabra y acomodarse mientras cuenta la historia de su vida. De su corta pero intensa vida. En la calle, ante ojos desprevenidos, puede parecer una mujer normal, bonita y de buen cuerpo, pero normal. Por eso le gusta pasar largas temporadas en Miami, donde puede caminar tranquila, con la certeza de que nadie sabe quién es ella ni quién es el papá de su hijo. En sus 1,58 metros de estatura guarda un cuerpo moldeado por el paquete de cirugías plásticas conocido entre las mujeres del ambiente del narcotráfico como el TLC: tetas, lipo y culo. Y quizás uno que otro retoque. Tiene pelo largo, ojos redondos y saltones como sus cachetes, cejas pobladas y unos dientes blancos y perfectos que no para de mostrar. Pero no siempre fue así.

De no haber crecido siendo la mujer que hoy en día es, seguro que sería una artista. Cantante, actriz o bailarina, como ella dice. «Yo siempre era la primera que salía a hacer el ridículo, la primera que me disfrazaba, la primera que salía al baile». De eso sólo quedan los recuerdos y las fotos que su madre en Cartago todavía guarda, al igual que Brenda lo hace con sus talentos.

Lo poco que se acuerda de su niñez le viene a la mente sin una cronología exacta; son pinceladas de la memoria que le ayudan a dibujar el panorama de una época confusa y solitaria. Hoy recuerda su casa como un sitio humilde, aunque en su momento lo viera como un lugar normal y corriente, como la

LAS MUÑECAS DE LOS NARCOS

mayoría de viviendas de Cartago, municipio del Valle del Cauca, ubicado entre Cali y Pereira, de clima templado y rodeado de amplias llanuras. «No nos dábamos lujos porque mi papá no daba nada de nada. En ese tiempo mi papá tomaba, tomaba y tomaba y a mi mamá le tocaba rebuscarse». Fue precisamente una noche de parranda y jolgorio de su padre que Brenda, en mitad de una noche de sueño profundo, se despertó sobresaltada y sin entender qué había provocado ese estruendoso ruido que con seguridad no sólo la despertó a ella sino a la mitad del barrio. Salió de su cuarto entre asustada y curiosa y descubrió el carro de su padre, humeante, parqueado en la mitad de la sala, adornado con ladrillos rotos sobre el capó y las farolas explotadas. «Él dijo: Yo cuadro este carro como sea pero yo entro», y se vuelve a reír. Su padre abrió la puerta del vehículo y, sin que la realidad ni su estado le importaran, se echó en uno de los sofás a dormir su rasca mientras su mamá, todavía en pijama, negaba indignada, lloraba de rabia y bregaba buscando ayuda para sacar este intruso de metal del centro de su casa. Brenda, muda, sólo veía.

La mayor parte de su infancia la pasó, debido a la separación de sus padres, con su mamá en Cali, adonde se mudaron. Allí el destino se empeñó en juntarla a temprana edad con el narcotráfico, pues a su madre la empezó a cortejar un piloto de avionetas particulares al servicio de un narco en ascenso llamado Hernando Gómez Bustamante. Qué ironía. «De ese piloto sólo tengo buenos recuerdos».

—Vámonos a almorzar a Cartagena.

Ante la proposición de Jorge, como se llamaba el aeroprendiente, los tres se subían a la pequeña avioneta bimotor que los llevaba de Cali a la ciudad amurallada en el Caribe colombiano. «Para mí eso era normal», era como agarrar un taxi». Este